

El *divo* director

¿Para qué sirve un director de orquesta si todos los músicos ya tienen sus partituras?, preguntan algunos. De hecho, en la época barroca no se acostumbraban directores con batuta en mano como los vemos hoy en las salas de concierto; uno de los ejecutantes, generalmente el primer violín, organista o clavecinista, dirigía a los intérpretes con movimientos de cabeza y con las miradas.

Poco tiempo después surgió una nueva manera de dirigir con una especie de barra del tamaño de un hombre con la que el jefe del grupo musical golpeaba el suelo para marcar el compás.

Y claro, en los ensayos golpeaba no sólo al suelo, sino también a algunos de los músicos desobedientes o más desafinados.

La batuta y el rol del director como los conocemos hoy nacieron en el clasicismo, es decir en la época de *Haydn*, *Mozart* y *Beethoven*.

El romanticismo, estilo consiguiente, añadió al director la aureola de genio, incomprendido por el público y conectado con la divinidad.

La postura romántica ha dado luz a los famosos directores divos del siglo XX. *Leopold Stokowski*, *Sergiu Celibidache*, *Seigi Osawa*, *George Solti*, *James Levine*, y también a uno de los más grandes: *Herbert von Karajan*.

No piensen que los directores de orquesta afamados lograron su posición con alabos a los músicos. De hecho, han sido grandes dictadores que exigían hasta lo imposible de sus intérpretes para lograr, hasta el último detalle, las exigencias de la partitura.

El director es quien ensaya la orquesta, prepara con ella el repertorio, imprime a la

interpretación su propio sello, marca las velocidades, la dinámica y sobre todo, define los rasgos expresivos de la obra.

Aunque cada uno de los ejecutantes aporta detalles interpretativos, debe estarse guiando por una sola luz única: la del director.

Existen directores que dirigen para su orquesta y desde la sala casi no se percibe movimiento significativo alguno; un ejemplo maravilloso de esta austeridad y concentración máxima fue *Evgeni Mravinski*.

Este director ruso, quien sobrevivió dirigiendo la sinfónica de Leningrado –hoy San Petersburgo– durante el bloqueo de los nazis, y que dirigía antes, durante y después del reino de Stalin, parecía no hacer movimientos durante su dirección y, cuando empleaba un gesto medianamente grande, parecía que la orquesta se iba partir en dos del volumen que se producía.

Se decía que cualquiera de sus músicos que cometiera una falla durante la ejecución de las obras, una vez terminado el concierto y antes de que *Mravinski* pudiera reprocharle, se levantaba considerándose definitivamente despedido.

Otros directores como *Leonard Bernstein*, en cambio, hacían todo un teatro para el público. *Bernstein* parecía estocar a una manada de toros, remolinándose en un tormento de movimientos, producía caras serias, chistosas y enojadas una tras otra >>



POR: RADKO TICHAVSKY

como si fuera un circo. Pero cerrando los ojos se producía una sonoridad inigualablemente bella e intensa.

Ambos tipos de directores conseguían su objetivo, cada uno a su manera.

Las discusiones sobre como interpretar correctamente las obras son pan de cada día de los directores, una vez le reprochaba *Walter Legge* a *Karajan* que el *tempo* al que dirigía el director alemán el "*Bolero*" de *Ravel* era muy lento, y sugirió que se atuviera a las indicaciones de *tempo* en la partitura.

Karajan, molesto, contestó: "ni de loco haría este cambio debido a que leí una carta del mismo *Maurice Ravel* donde escribía que eligió este *tempo* precisamente pensando que las orquestas disponibles en aquel entonces no eran capaces de tocarlo lento".

Sepa Dios si era la verdad o no, pero por lo pronto *Legge* se cayó y *Karajan* hizo de las suyas.

Una de las peculiaridades de *Karajan* frente a la orquesta era lograr un sonido sorprendentemente grande, exuberante, opulento y pleno.

Las mismas orquestas bajo la batuta de otros directores no lograban impactar, pero la sola aparición de *Karajan* en el escenario cambiaba la sonoridad.

Otra de las hazañas de este director alemán fue someterse a las pruebas del instituto *Max Planck* en *Dortmund*, ya que la mayoría de los directores y músicos aceleran el *tempo* mientras que ejecutan notas de menos duración.

Después de las pruebas, los científicos salieron con asombro en el rostro, y uno de ellos dijo: "¡este hombre debe tener una computadora en el cerebro!".

Karajan había "fallado" por una variación increíble ¡de menos de dos por ciento!

Muchas historias se cuentan sobre los directores y su eterna lucha con los instrumentistas de la orquesta han sido eternizados incluso en películas. La más famosa de ellas es "Ensayo de Orquesta" de *Federico Fellini*.

El ego exasperado de los directores ha dado mucho de que hablar. En cierta ocasión, uno de los directores, enojado de que había ruido en la sala producido por las señoras que abrían sus dulces contra la tos haciendo un ruido peculiar, se voltea hacia el público y dice: "¡espero que terminen de masticar sus chicles!".

Se hizo un silencio absoluto entre los asistentes, parte por la vergüenza, parte por el atrevimiento del director ante el tan distinguido auditorio.

Los directores de orquesta, aunque a primera vista de un neófito tienen una función fácilmente sustituible, son una parte importante del arte orquestal.

Son ellos quienes han impulsado la programación de nuevas obras, han redescubierto para el público autores desconocidos y son parte indispensable del trabajo orquestal.

Su preparación exige largos años de estudio, sorprendentes capacidades de lectura de partituras, una memoria prodigiosa, carisma, talento musical y rasgos de personalidad que le permiten lidiar tanto con los indisciplinados y tercios músicos, como con los sindicatos orquestales, avaros organizadores de espectáculos y al final de todo esto agradarle al público.

mozarteum@prodigy.net.mx •